¡Nueva serie!

Un veterinario entre vacas asturianas

Inauguramos esta nueva serie, titulada 'Mundo Rural', con el relato de Benjamín Fernández Varela, veterinario clínico residente en Salas (Principado de Asturias), apasionado de una profesión que él considera esencialmente vocacional. Tanto este primer reportaje, como los siguientes que irán componiendo esta serie, intentarán acercar algunas de las vertientes más desconocidas de los profesionales que trabajan en el entorno rural, un escenario desconocido y de enorme potencial.

Benjamín Fernández Varela es veterinario desde hace quince años. Ha desarrollado toda su vida profesional en el entorno rural asturiano y está especializado en lo que en la jerga denominan «animales grandes» —en el caso del Principado, ganado vacuno—. Benjamín ha enfocado estos últimos años de su actividad veterinaria a las rutinas de la clínica diaria; también ha dedicado parte de su tiempo a los llamados *programas* —de prevención, de vacunación, etc.—, iniciativas impulsadas desde la Administración a las que, cada vez más, se adhieren los ganaderos de la zona, ayudando así a un mayor control de la calidad en el entorno rural. Sabe que la práctica veterinaria, en este contexto, no tienta a las nuevas generaciones, pero no duda en afirmar que la rural «es una forma de vivir que hay que aprender a valorar».

Benjamín Fernández Varela, veterinario rural.

Rutina rural

Un día normal en la vida de Benjamín comienza en la oficina, donde recoge los avisos que le indicarán la ruta del día. Antaño los ganaderos dejaban unas señales en el camino —llamadas banderas— para que el veterinario se acercara a sus explotaciones; no obstante, y desde hace unas cuantas décadas, se cuenta con el teléfono como principal *diario de avisos*. Nuestro veterinario inicia su ruta entre las nueve y las diez de la mañana. Intenta realizar el trabajo de clínica antes de las tres; esto le permite dejar las tardes libres para las posibles cirugías o atender urgencias. Esta actividad es la que se conoce como «clínica diaria» y consiste, fundamentalmente, en «la inseminación artificial, la revisión de los animales enfermos y en la cirugía posible de esos animales, en el caso de que la necesiten».

Las rutas, cuenta Benjamín, «se establecen por orden de prioridades de avisos» y se sigue una rutina de horarios «para que el ganadero sepa cuándo vas». La organización es importante: un veterinario no se puede permitir el lujo de llegar tarde. Puntualidad es sinónimo de confianza —no en vano, la media de kilómetros que un veterinario rural hace al día se acerca a los 200—. Benjamín se suele mover por los concejos de Salas, Valdés y Tineo, los tres conocidos por albergar importantes rutas de paso. Es en este cruce de caminos donde ha ejercido los últimos años y donde ha desarrollado la que, confiesa, es una de sus principales satisfacciones: la práctica preventiva.

Sanidad preventiva

«Asturias es un zona de mucha ganadería con explotaciones muy modernas. Las explotaciones pequeñas necesitan un trato especial porque no suelen adscribirse a las citas programadas y están más necesitados de pedagogía». O, lo que es lo

mismo, prácticas preventivas —análisis de sangre que puedan prever enfermedades, por ejemplo—. Dentro de este saco nos encontramos los *programas* estandarizados, muy demandados por ganaderías grandes y tecnificadas, pero que también ayudan a que las más pequeñas accedan a programas de inseminación o de control de calidad de la leche —los dos más demandados—. Estos *programas* pueden estar subvencionados o provenir de iniciativa privada, y suelen contar con el apoyo institucional.

El tamaño parecer ser importante en el entorno de las explotaciones ganaderas. También la distancia entre una y otra. ¿Cómo garantizan los veterinarios sus servicios? «No puedes dar una buena calidad de servicio si estás solo», dice Benjamín. Ya sea por cuestión de tiempo o por tratarse de un sector muy especializado, «para poder sobrevivir la unión es necesaria». Es por esto que los veterinarios se asocian, sobre todo en las zonas rurales. «No hay nadie que lo controle todo; el nivel de tecnificación y especialización de la profesión es tan alto que necesitas estar manejándolos prácticamente todos los días para dar un buen servicio», por no hablar de los problemas derivados de la hiperdisponibilidad o los tiempos de descanso, imposibles de tomar en el caso de que un veterinario decidiera ejercer por su cuenta.

Formación continuada

La actualización en la formación del veterinario es muy importante para el profesional que ejerce en el medio rural, una formación que puede no parecer muy ortodoxa por centrarse, sobre todo, en la actividad del día a día. «En la rutina diaria somos generalistas porque tienes que saber un poco de todo». La especialización, en lo que a grandes animales se refiere, llega después de muchos años. Esto se debe a que las universidades suelen orientar al profesional a pequeños animales, comenta Benjamín, y el déficit afecta a la oferta de la formación, construyéndose esta en la experiencia de cada día. «Demostrar lo que sabes y adquirir habilidades a base de experiencia» son las dos principales motivaciones del veterinario bovino tras graduarse. Estas no excluyen la formación continuada —la Asociación Nacional de Especialistas en Medicina Bovina de España (Anembe) ofrece este tipo de servicio en la zona— ni los congresos, que también son importantes a la hora de resolver dudas prácticas; sin embargo, «en formación, lo que más circula es el boca a boca». El colegio profesional, por su parte, cubre al profesional en lo referente a asesoría jurídica; también «ayuda a poner en contacto al veterinario con otros profesionales del ramo», puntualiza Benjamín.

El papel de la mujer en la profesión es otro de los temas que generan cierta controversia. En el ámbito rural —y por ser este un sector primario— «las compañeras tienen que demostrar más», especialmente con el ganadero. Y es que, si hay una asignatura pendiente esa es la de la relación entre el veterinario y el dueño de la explotación. «Nosotros no tenemos ninguna asignatura de psicología. Vamos aprendiendo a base de ensayo-error», matiza. Sin embargo, no deja de echar en falta una cierta formación en gestión de relaciones humanas «porque, por muy bueno que seas, si no te llevas bien con los clientes, no trabajas». Asegura que el respeto por el ganadero es «fundamental» y que la reputación profesional se consigue «con mucho trabajo, formación y extremando las precauciones».

¿Entorno hostil?

Los veterinarios rurales se enfrentan a la realidad de una economía menos holgada que la de hace unos años —en estos tiempos «un veterinario, para poder vivir en Asturias, debe controlar entre 2.500 y 3.000 vacas si quiere sacar su vida adelante con normalidad», cuenta Benjamín—. El asturiano admite que la situación es sensible. «Es cierto que cada vez más compañeros y compañeras no quieren trabajar en el medio rural. Se entiende que una clínica de pequeños animales pueda parecer más apetecible», apunta, resignado. Aún así, este veterinario es un fiel defensor del campo y sus bondades. Asegura que, aún siendo un área en retroceso, todos los años llegan estudiantes desde Madrid. Y que, a pesar de que es en clínica —su área— donde más bajas está habiendo, «un profesional, si es bueno, siempre va a tener trabajo».

Las explotaciones ganaderas en Asturias han crecido mucho. La tecnificación ha traído garantías sanitarias y producción en serie, pero ha afectado a la relación del ganadero con el animal y con el veterinario. Ahora «la relación es más laboral. Antes era más humana», reflexiona. El ganadero se conforma con un trato cordial, profesional, y eso ha afectado en la imagen pública del profesional veterinario si la comparamos con la «aureola» que antaño compartía con otras instituciones rurales, como podían ser el médico o el cura de la región. ¿Qué le faltaría a tu profesión?, le pregunto a Benjamín. «Respeto entre colegas», contesta, «y más nivel de profesionalización en el ganadero». No pide más. Es un veterinario clínico enamorado del trabajo preventivo, desde su punto de vista, «el futuro de la profesión». ■

Coordina: Elisa G. McCausland